

La Juventud Literaria.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO X.

FUNDADOR PROPIETARIO:

Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Apóstoles, 11, bajo.

DIRECTOR LITERARIO:

J. Tolosa Hernández.

NÚM. 404.



SEÑORAS

Visitad la casa de Antonio Clemares, Platería, 56, y encontrareis grandes surtidos en plumas para adornos.

Pieles de Mongolia y de diferentes clases.

Paraguas, fin de siglo, desde cuatro pesetas en adelante.

Soutaches, agremenes y toda clase de adornos de temporada.

Perfumería, corbatas y géneros de punto.

CASA DE CLEMARES
Platería, 56.

Los Salicilatos de Bismuto Y CÉRIO DE VIVAS PÉREZ

Aceptados de Real orden por el Ministerio de Marina y recomendados por Academias de medicina nacionales y extranjeras

CURAN PRONTO Y BIEN

Á LOS ANCIANOS, Á LOS TÍSICOS,

Á LOS DISENTÉRICOS, cuya vida se ve remediada verdaderamente herética que sorto su darros mortal casi siempre;

Á LAS EMBARAZADAS, cuyas vómitos agrar su vida y la de sus hijos, al par de padecer en forma desesperante;

Á LOS NIÑOS en la dentición y destete; á los que padecen

CATARROS Y ÚLCERAS DE ESTÓMAGO y á todos los que padecen **VÓMITOS Y DIARREAS,**

TIFUS Y AFECCIONES CÓLERA, NES HÚMEDAS DE LA PIEL.

Pidanse en todas las Farmacias y Droguerías del mundo

SALICILATOS VIVAS PÉREZ

Desconfiad de las falsificaciones é imitaciones, porque no darán resultado.

A nuestros lectores

En el centro de suscripciones establecido en las oficinas de LA JUVENTUD LITERARIA, Apóstoles 11, bajo, se sirven por cuadernos semanales todas las novelas de Perez Escrich, Alvaro Carrillo Luis de Val, Julian Castellanos, Perez Galdós, Pereda, Fernandez y Gonzalez y otros autores de merecida reputación.

Tambien servimos, por cuadernos, la Historia de Europa en el siglo XIX, por Emilio Castelar.

OBRAS COMPLETAS.

Diccionarios de Roque Bárcia; Popular Universal de la Lengua Española; geografía de Malte-Brún, César Cantú y otras obras terminadas, á pagar cinco pesetas mensuales.

MURCIA 16 DE ENERO DE 1898.

La Juventud Literaria

AL 1898

Haciendo tonterías como un vejete, sin dientes, encogido, temblen y chocho, dejé el mil ochocientos noventa y siete, pasó libre al nuevo año noventa y ocho.

Como el año difunto se ha desprendido, dejándome tan pobre como ántes era, es natural, el año que ahora ha venido, ya me mira y me trata como á un cualquiera.

Y como aquel que es pobre pronto denota que jamás tuvo trato con la riqueza, al mirarme el muñeco con capa rota, de seguro habrá dicho: — ¡Te doy pobreza!

Como hubiera tenido muchos millones y en el Banco de España cuenta corriente, me habrías dispensado más atenciones, portándote conmigo decentemente.

Desprecias al que encuentras sin intereses y de atento y de amable después blasonas... ¡Que mal rayo te parta des ó tres meses!... ¡Sois los años lo mismo que las personas!

Pero yo te aseguro que ha de servirme de norma tu conducta vil y rastrera. ¡Cuando á la tumba bajas ha de vestirme con gran gabán de pieles y con chistera!

Y verás, mocosillo, traidor y alevé, al finar el periodo de tus proezas, como el mil ochocientos noventa y nueve me celma de atenciones y de riquezas.

Dile adies al otro año, que es un vejete que fué sembrando penas en su camino. ¡Serás como él de malo!... Terminó en siete ¡y qué ha de ser un padre sistemésino!

JOSÉ RODAO



ORO Y COBRE

I.

La noche, oscura como el pensamiento del desdichado que busca implorando caridad pública una limosna que no encuentra, ha extendido su negro velo sobre la coronada villa; siéntese un frío comparado solo al que debe experimentar el corazón de un padre cuando habiendo invocado el santo nombre de Dios, vuelve á su casa sin llevar el misero bocado de pan que sus pequeños hijos le piden llorando.

Las calles están casi desiertas.

En una de las más céntricas, reina, apesar de lo degradable de la noche, la mayor animación.

Ante el pórtico de una casa cuya suntuosidad hace pensar en el privilegio de castas, están parados algunos coches.

El patio y las escaleras de aquella mansión señorial, en cuyo adorno se ha desplegado un lujo deslumbrador, véanse radiantes de luz y un eco general de la aristocracia que derrochando se divierte, llega hasta la vía pública como insulto lanzado al rostro de un harapiento mendigo que con un niño pálido y demacrado cojido de la mano derecha, pide una limosna á corta distancia de la entrada.

—Salen, papá,—exclama el niño con voz desfallecida.

El mendigo llévase la mano al mugriento sombrero y se descubre.

Un eriado de librea aparece en el dintel de la puerta.

—Pobre hombre,—dice,—no tiene usted en cuenta el frío que hace, y detiene á los señores que llegan para pedirles una limosna. ¡Largo de aquí! Está usted molestando.

—Señor...—se atrevió á decir el mendigo;—mis hijos tienen hambre.

—Bueno, ya lo he dicho; implere por otra parte la caridad, y que Dios le ampare.

Y así diciendo, volvió á entrar en la casa.

Aquel desgraciado ser tan groseramente despedido, cubrió su cabeza, secó con el dorso de su huesosa mano una lágrima que acudió á sus ojos, é inclinándose besó en la frente al pequeñuelo exclamando:

—He perdido mi última esperanza; vámonos, hijo mio.

Y temblando como la débil caña azotada por el viento, emprendió la marcha tirando del niño que lloraba de hambre y de frío.

II.

Al doblar la esquina de la calle en que aquel padre infeliz habla experimentado el mayor de los dolores y el más amargo sonrojo, tropezó con un hombre, que á juzgar por su traje, debía ser un obscuro trabajador.

—Compañero—le dijo deteniéndole con un ademán:—¿puedes darme una limosna para comprar un bocado de pan á mis hijos, que desde ayer no lo prueban?

Detúvose el obrero, llevó inmediatamente la mano á uno de los bolsillos del pantalón y el sonido de esa moneda oscura como el nombre del que con su inteligencia y su trabajo labra la fortuna de importantes casas productoras, sonó por un momento; luego se le oyó decir.

—Espera.

Al sonido de estas palabras, siguió el que produce una moneda al caer sobre otra; luego volvió á decir.

—Toma, parto contigo mi jornal de hoy; mañana... ¡Dios proveerá!

—Gracias, exclamó el socorrido sollozando.

—Nada tienes que decirme; cumplo con una religión cuyo santuario está dentro del corazón; soy padre como tú y quisiera que me faltase la vida antes de ver á mis hijos morir de hambre.

—¡Que Dios te bendiga!

Y esto diciendo el pobre, se llevó ambas manos á los ojos para secar otras lágrimas que no pudo contener y rodaron en abundancia por sus pálidas mejillas.

III.

Cuando aquel honrado trabajador hubo dado algunos pasos, volvió el rostro hácia su socorrido y dijo visiblemente emocionado.

—¡Pobre padre! y el chico, debe tener la edad de mi Juanito.

FRANCISCO DE P. CAMPOS.

